

que desempeñaban el papel de coro en la tragedia griega:

— No te dejes, Silverio.

— Al que le dan en el pecho, pierde su derecho.

— Al que le dan en el codo, lo pierde todo.

— Ya, ya bueno, decían los jueces de campo cuando los contendientes se habían sacudido el polvo de lo lindo.

Llegó por fin el día de los últimos exámenes. Mi nana Manuelita, que hacía conmigo veces de madre, me mandó á la barbería de Domingo para que me *pelaran del casquete*, me vistió mi traje de *rompecoche*, pantalón, casaquín y chupa, que habían pertenecido á mi señor padre; me puso mi camisa bordada y mi sombrero de cubetita, todo de idéntico origen, y me envió á la escuela.

Cuando entré, oloroso á pomada de toronjil, con el traje recién cepillado y con la satisfacción en el semblante, sentí que se había levantado á mi derredor un murmullo, primero de admiración, después de envidia, luego de odio y aborrecimiento. Era el mismo murmullo que había oído años antes, cuando al presentarme con una capita de cúbica, también arreglo paterno, me habían apodado San Roque; el mismo que me había saludado cuando llevé un fieltro alemán que no admitió adaptaciones, relleno de papeles en el interior, y los malditos chicos extendieron la necesidad de que allí me llevaba todos los protocolos de mis abuelos.